

A LA BÚSQUEDA DE LECTORES: EL *TELÉGRAFO MERCANTIL* (*)

Pablo Martínez Gramuglia
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
pgram@gmail.com

Resumen

Un análisis textual del primer periódico impreso de Buenos Aires, el *Telégrafo mercantil*, que en primer lugar caracteriza de manera general la publicación, permite luego acercarse al tipo de lectores que ese texto busca instalar en las postrimerías de la ciudad virreinal. A partir de las listas de suscriptores y del contenido mismo del texto, se pueden construir algunas hipótesis respecto de a qué lectores buscaba llegar y a cuáles efectivamente llegaba.

Palabras clave: historia del periodismo argentino, historia de la lectura, prensa y polémica.

El primero de septiembre de 1801, los habitantes de Buenos Aires se enfrentaban a un fenómeno novedoso en la ciudad: un impreso de ocho páginas que incluía una presentación, un poema dedicado al río Paraná y unas “Noticias particulares” sobre arribos y partidas de embarcaciones, oferta de esclavos en venta y el hallazgo de un rosario con cuentas y cruz de oro (1). Pero que además –y en esto estaba la novedad– prometía dos entregas similares cada semana (2). Se trataba del primer periódico impreso del Río de la Plata, el *Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiógrafo del Río de la Plata*, dirigido por Francisco Antonio Cabello y Mesa. Habían existido algunos experimentos de periodismo manuscrito y sabemos que se leían algunos periódicos tanto peninsulares como americanos, pero sólo entonces Buenos Aires tuvo uno propio, bastante más tarde que las grandes capitales del imperio español (3).

El heterogéneo experimento editorial de Cabello y Mesa hacía honor a su largo título: durante el año y medio de vida del *Telégrafo...*, en sus páginas se pudieron leer desde artículos sobre política e higiene pública hasta fábulas en verso, y desde críticas de costumbres y anécdotas particulares a largas elaboraciones históricas relativas a distintos puntos del Virreinato del Río de la Plata. Pese al fuerte apoyo que recibió del Virrey y de otras instituciones oficiales como el Consulado, su abrupto final en octubre de 1802 ha sido explicado a partir de la insatisfacción de las autoridades por las sátiras y críticas insertas en la publicación, tanto por algunos comentarios políticos como, sobre todo, por su contenido reñido con el sentido del “buen gusto” de la época (4).

A pesar de su corta vida, los autores del *Telégrafo...* se preocuparon por definir el nuevo medio y problematizaron la escritura periodística como tal. Consciente de estar aportando una novedad a la vida cultural rioplatense y más de una vez excesivamente entusiasmado con su lugar como precursor, Cabello y Mesa definía la función del periodismo como la difusión de las “luces”, considerándolo la institución ilustrada por excelencia. En la presentación del texto, escribía

Desde este invento utilísimo: desde la Imprenta (digo) se generalizaron las ideas de los hombres [...] todos los individuos de la *Sociedad civil*, se hicieron útiles, y honraron á la *Patria*. Ya establecidas las Prensas en casi todas las Naciones, empezaron a sudar papeles innumerables; pero entre ellos, ninguno adoptaron por mas útil al *Estado*, y *Pueblo*, que el *Periodico* ú *Folio volante*, que baxó diferentes aspectos, se encamina para la pro comun, y su deleyte. A estos papeles, deben todos los Países la ilustracion... (5). [sic]

La idea no era exclusivamente suya; el periodismo ilustrado peninsular le daba un espejo bastante adecuado para mirarse (6). Del mismo modo, los “sucesores” de Cabello y Mesa en el Río de la Plata también considerarían la difusión del conocimiento como eje de la tarea periodística: tanto Hipólito Vieytes con su *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* como Manuel Belgrano con el *Correo de Comercio* compartirían el criterio y utilizarían esas publicaciones para divulgar conocimientos y valores ilustrados (7). También el censor oficial de Buenos Aires, Benito Mata-Linares, acordaba en su dictamen inserto en la presentación del *Telégrafo*..., en lo que parece una ociosa repetición del texto redactado por Cabello y Mesa:

...ocupado todo [el orbe] por las Guerras, se embruteció la sociedad entera; hasta que la *Prensa*, asoció todos los Ingenios: uno de las principales ocupaciones de esta, ha sido la de los *papeles periodicos*, y ellos han contribuido a excitar la ilustración [...] Buenos-Ayres podrá formar algunos que al mismo tiempo de acreditar la instrucción de sus habitantes, ilustre el Orbe con noticias utiles... (8). [sic]

Con todo, el mismo amable censor que felicitaba y alentaba al innovador escritor de periódicos advertía explícitamente que debía guardarse moderación, evitar la sátira, “no abusar de los conceptos” y “meditar bien los discursos” para que no se contradijeran con la religión y la política aceptadas (9). Y además definía para el *Telégrafo*... la doble función de acercar los conocimientos europeos a la lejana colonia rioplatense y de comunicar al resto del mundo las “noticias útiles” locales. Qué decir y a quiénes aparecía delimitado en el dictamen del censor y, si bien no sería acatado rigurosamente –abundaron, por ejemplo, los textos satíricos–, contribuyó a moldear tanto el discurso del periódico como las expectativas de los potenciales lectores. Los temas y los lectores estaban recíprocamente determinados en el proyecto editorial: noticias porteñas para los europeos, conocimientos europeos para los americanos.

Claro que el tipo de noticias de las que hablaba distan mucho de las que estamos acostumbrados a leer en la prensa contemporánea: antes que los hechos significativos más recientes, son textos informativos sobre la naturaleza, la geografía, la historia o aun anécdotas y leyendas locales (10). Tampoco el aspecto físico de aquel periódico se asemejaba a los que aparecerían poco más de una década después en Buenos Aires. El *Telégrafo*... consistía en ocho páginas en cuarto, es decir que utilizando un pliego de papel se obtenían cuatro hojas de

unos dieciséis centímetros de alto por unos diez de ancho (11). Los diferentes números estaban organizados en tomos cada tres meses y la paginación respondía a los tomos, de modo que la continuidad entre un número y otro estaba fuertemente reforzada. Los artículos generalmente se prolongaban en varias entregas, bajo el supuesto de que el lector reuniría el tomo una vez concluida su publicación, a la manera de una entrega en fascículos, o al menos guardaría los números anteriores. Podemos pensar que, una vez encuadernado el tomo, físicamente había pocas diferencias con el formato de un libro, excepto la división interna y la repetición regular de las portadas. Así lo recordaba una observadora privilegiada bastante tiempo después, Mariquita Sánchez de Thompson, quien al intentar describir uno de esos periódicos escribía en sus *Recuerdos de la Buenos Aires virreinal* que los diarios eran “como libritos” (12). Si periódico y libro resultaban tan semejantes en su recuerdo, ¿había sido la experiencia de lectura del *Telégrafo*... similar a la de leer un “librito”? ¿O habían existido acaso un público lector específico del nuevo medio y prácticas de lectura propias del incipiente periodismo? ¿Qué lectores buscaba el periódico? Finalmente, ¿cómo puede encontrarlos el historiador actual?

La representación de los lectores en el *Telégrafo*...

El desafío que enfrentaba la publicación era hacerse un lugar en el consumo de textos escritos. En buena medida, el *Telégrafo*... debía crearse un público propio, tarea urgente, teniendo en cuenta su carácter comercial: más allá de las ampulosas declamaciones de servicio a la patria y de sacrificio por la ilustración de sus prójimos, Cabello y Mesa se proponía convertirlo en una fuente de ingresos estable (13). En ese sentido, la representación del público lector sería siempre lo más amplia posible: el *Telégrafo*... aparecía como un texto *útil* para todos (14). Y, para cierto público, *necesario*: ningún patriota ilustrado debía dejar pasar la oportunidad de instruirse y de apoyar un emprendimiento tan beneficioso;

...¿habrá alguno –se pregunta el editor– que no quiera subscribirse? ¿Que dirán los verdaderos Patriotas, quando lean la Lifta [de suscriptores], y vean que falta D. N. rico, é interesado en las noticias del Telegrafo? ¿Qué dirá el hombre de Corte, de aquel que aun con proporciones muchas (por no gastar dos pesos) anda, corre, y aún vuela por leer *de gorra* el Telegrafo en los Cafés, y casa del Amigo? [...] todos contribuirán á fomento de esta obra necesaria... (15). [sic]

Sin embargo, con el correr de los números tanto el editor como distintos colaboradores fueron delineando otro perfil de los lectores. Coherentemente con el impulso ilustrado de instruir y fomentar el “adelantamiento”, el lector imaginado se definía como un sujeto débil, racional hasta cierto punto, pero marcado por carencias específicas. Así, quienes leían el periódico eran “con especialidad” la juventud y el “baxo Pueblo”, “el comun de las gentes”, los “pobres Campesinos como la porcion mas ignorante, mas desvalida, y mas abandonada de los poderosos” (16);

nadie duda que los papeles públicos son *la educación de los que no la tienen y la lectura de los que nada leen* [...] porque el Artesano, la Muger, el Niño y el Holgazan no son capaces de leer un Libro de volumen; y como estos Periodicos son cortos, entretenidos y abundantes en Tiendas, Ante-Salas, y aun Basureros, brindan la curiosidad de las noticias utiles y deleitables, y por diversión empiezan a leerse... (17). [sic]

Antes que un “librito”, entonces, el periódico aparecía como un sucedáneo para otro tipo de lectores. “Sujetos débiles”, escribimos, incapaces, según esta descripción, de mantener la atención en la más ardua lectura de un volumen, pero que al mismo tiempo eran los que más necesitaban acceder a los textos para escapar de la ignorancia en la que vivían: niños, jóvenes, mujeres, holgazanes, artesanos y campesinos; todos los que no formaban parte de la elite social de la capital virreinal y, en términos más generales, todos los que no se ajustaban al sujeto ideal del pensamiento ilustrado: un varón blanco, europeo, adulto, racional y educado.

Además, si por un lado los textos insertos en el periódico tenían la ventaja de la brevedad y la amenidad, por el otro el acceso a ellos era representado como mucho más fácil que en el caso de los libros: tiendas, antesalas, el café o la casa de un amigo aparecían como probables locaciones para leer “de gorra”. Sabemos en efecto que el Nuevo Café del Colegio tenía una suscripción, así como los dueños de otros dos cafés (José Marcó), de un billar (José Mestres) y de una pulpería en la ciudad (Pablo Vilarino) (18). Incluso en el caso de que esa lectura no fuera gratuita resultaba más accesible, como señalaba un colaborador identificado como “El Poeta Medico de las almorranas” al reclamar que los médicos porteños escribieran en el *Telégrafo*...:

Ya que he nombrado á los Medicos de Buenos-Ayres, estimaré á Vm. les diga de mi parte, que si no saben que hay Telegrafo en el mundo? [...] pues, Sr. Mio, yo tengo plata para comprar Telegrafos, y no la tengo para comprar obras abultadas; con que si esos Señores esconden sus noticias me quedará yo tan mondo, y redondo... (19). [sic]

En ese sentido, no sólo los que hemos denominado “sujetos débiles” podían sacar provecho del periódico, sino también quienes carecían del capital económico y cultural para acceder a los libros:

¿Quantos Sugetos de talento se quedan entumecidos, pedantes, ó incognitos por falta de Libros, de gusto, ó protecciones? Pues todo esto se salva con los buenos Periodicos; porque en ellos se encuentran copiados, traducidos, ú originales los mejores pasages de lo que se ha escrito, dicho, ó pensado. No digo yo que forma sabios un Papel volante; pero toca muchos asuntos [...] dispierta los entendimientos, hermosea la imaginación, arregla la memoria... (20). [sic]

Para los escritores del *Telégrafo*..., entonces, el público del periodismo difería completamente del que participaba del circuito de los libros. Es necesario recordar que en la Buenos Aires virreinal el mercado librero estaba muy poco desarrollado y no existía ninguna biblioteca pública digna de ese nombre; apenas podemos considerar las grandes “librerías” particulares del período cuyas obras se ponían en circulación dentro de redes familiares y de amistades y la biblioteca del convento de la Merced (San Ramón), que prestaba ejemplares a un reducido público (21). Ahora bien, ¿eran esos lectores representados en el texto quienes en verdad leían el periódico?

Los lectores

Resulta difícil saber quiénes eran los lectores de la publicación y si coincidían con la representación inscripta en ella. Contamos, sin embargo, con diferentes series de datos para intentar caracterizarlos. Además de los lectores ideales que hemos analizado más arriba, en el *Telégrafo*... se incluyeron dos listas de suscriptores que daban prolija cuenta de quiénes lo compraban (22). Mónica Martini ha realizado un minucioso análisis de la composición social, etaria, de origen, geográfica y profesional de los nombres allí incluidos (23). Teniendo en cuenta lo mencionado antes respecto del acceso al periódico en lugares públicos y también que en los propios hogares y lugares de trabajo particulares la publicación podía ser compartida, debemos cuidarnos de identificar esos nombres con los lectores; aun así, la información respecto de los suscriptores es demasiado rica como para ignorarla; sobre todo si consideramos el fuerte contraste que revela con la representación construida por el propio periódico.

Si recordamos esos “sujetos débiles” a los que se dirigían los artículos, vemos que entre los suscriptores no hay, por supuesto, niños ni adolescentes, pero tampoco hay una sola mujer (24). Tampoco se ha identificado a más de un artesano ni a ningún campesino (si había entre ellos holgazanes es todavía más difícil de saber). ¿Quiénes eran entonces? Unificando las dos listas con las que contamos y dejando de lado las suscripciones realizadas por instituciones y comercios –El Nuevo Café del Colegio, el Tribunal del Real Consulado, el Hospital de la Caridad de Montevideo–, encontramos que se trata de hombres adultos. En cuanto a su ocupación, vemos un 37 por ciento de comerciantes como el grupo profesional más importante (116 de un total de 313), seguido de un 34% de funcionarios públicos y empleados de la burocracia virreinal (106 de 313). A estos últimos podríamos agregar un 12% de militares y 10% de eclesiásticos para dar con un total 56% de empleos burocráticos. Además, contamos un 4% de profesionales y apenas un 0,3% de artesanos (solo uno) (25).

Estos datos ofrecidos por las listas de suscriptores parecen contradictorios con el destinatario privilegiado en los textos y nos cuesta más aún saber exactamente quiénes eran los lectores. Pero sí podemos afirmar que al menos una buena parte de ellos estaba compuesta por sujetos educados, parte de la elite burocrática y mercantil de la ciudad de Buenos Aires y del resto del

virreinato rioplatense. El periódico no habría sido (o por lo menos no fue solamente) “la educación de los que no la tienen” ni la lectura de los que no leen, sino que era consumido por los miembros más encumbrados de la sociedad finicolonial.

Las lecturas

Una aproximación más a los lectores del *Telégrafo*... es posible a partir del análisis de los textos que allí aparecieron. Por los límites de este trabajo, no podemos hacer una caracterización extensa de su contenido, pero, como anotamos más arriba, la variedad de materiales y temáticas define el perfil editorial del periódico sólo parcialmente bajo el criterio de utilidad sostenido con tanto énfasis. Queremos detenernos en una característica particular de esa institución ilustrada por excelencia: la presencia de numerosos debates y polémicas de distinto tipo. En intercambios prolongados por varios números, se discutieron el valor y el criterio para evaluar las obras literarias porteñas, la fecha de fundación de la ciudad de Buenos Aires, la mayor conveniencia del puerto de Ensenada o del puerto de Montevideo, el estado de la campaña de la banda oriental del Río de la Plata, la utilidad de la vacuna, la descripción y la historia de la ciudad de Córdoba, la política económica y la explotación minera, entre otros temas (26). La primera de esas polémicas, sobre la poesía porteña, uno de cuyos participantes fue el propio Cabello y Mesa, estuvo parcialmente basada en ataques personales y argumentos ad hominem, y algo similar podría decirse de la larga respuesta del deán Funes a una anónima descripción de la provincia de Córdoba. Pero todas fueron discusiones a veces crispadas y otras más amables, en las que el intercambio de datos y elaboraciones lógicas buscaba una apelación a la opinión pública como un tribunal que juzgaba la validez de los argumentos a partir de su racionalidad. El editor, por supuesto, intervenía en esas disputas, a veces como uno de los polemistas, a veces porque debía enmarcar, yuxtaponer o cortar los textos. Incluso podía generar una discusión donde todavía no había tenido lugar, e invitar a la refutación de un texto o explicitar las “reglas de combate” en la arena que estaba a su cargo:

Si [...] tratasen solo de convatir, con iguales armas, en la presente *Guerra-Literaria* sobre la preferencia del Puerto de *Montevideo*, ó el de la *Ensenada*; sino fuesen tan *egoístas*, queriendo sostener un sistema erróneo por solo su particular conveniencia y contra la general de la nación [...] si, en una palabra, no me zahiriesen de *parcial*, que nunca lo fui, soy, ni seré de esa ú otra materia; aseguro (á fé mia) que cumpliendo solo con mi encargo de pronto y fiel *Redactor*, dexaria en la palestra á entrambos Contendores y para quien entiende mas que yo, el opinar decisivamente [...] la Guerra se ha de hacer en el campo del *Telegrafo*, no con la Lengua, ni la Espada, sino con la Pluma bien cortada; no con injurias, ni sangre, sino con tinta que aunque negra por

esencia, ni afee el espejo hermoso y cándido del honor, ni oscurezca la luz que se solicita (27). [sic]

En la existencia misma de estos debates públicos podemos suponer que había en Buenos Aires lectores ilustrados a los cuales apelaban, no sólo porque buscaran dirimir los desacuerdos a partir de demostraciones lógicas y factuales, sino también porque exigían de esos lectores una particular pericia en el manejo de los textos: notas al pie y remisiones a documentos o autores, artículos que se fragmentaban en partes y se prolongaban durante varios números (leídos, en consecuencia, a lo largo de semanas o meses), respuestas que llegaban aún más tarde y obligaban probablemente a releer los viejos ejemplares archivados. Estas condiciones de discusión en el *Telégrafo*... nos indican que difícilmente fueran sus lectores aquellos que se retrataban como holgazanes para la lectura e incapaces de fijar la atención; antes bien, nos hablan de una práctica compleja y una relación fluida y constante con la letra escrita. En ese sentido, las buenas intenciones ilustradas del periódico parecen haber chocado con una organización textual que pedía demasiado a lectores que no tenían educación y que “nada leen”. Frente a una publicación que tan explícitamente delimita su público, nos recuerdan también que no debemos confiar en exceso en la transparencia de las fuentes e interrogarlas de distinto modo. La elegancia exigiría aquí una conclusión definitiva, que identificara claramente a esos esquivos lectores; los tres acercamientos propuestos no son sino tanteos esperanzados en ese sentido.

Notas

(*) Este trabajo es parte de una investigación cuyo objetivo es, entre otras cosas, el título de doctor, financiada parcialmente por la Agencia Nacional de Promoción de la Ciencia y la Tecnología a través de una beca de posgrado. Una versión previa de este trabajo fue presentada en el congreso “Textos, Autores y Bibliotecas”, en la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba en agosto de 2008 (no se publicaron actas).

(1) *Telégrafo mercantil*, I, 1-8. Las citas y referencias provienen de la reedición facsimilar más reciente: *Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiógrafo del Río de la Plata*, Editorial Docencia, Buenos Aires, 2003, 4 volúmenes. Citamos como *Telégrafo mercantil* e indicamos el número de tomo en romanos y de página en arábigos. La organización en volúmenes corresponde al original, excepto el cuarto que reúne el tomo IV y los tres números del interrumpido tomo V. Excepto que se indique lo contrario, la ortografía, la puntuación y todos los subrayados son originales.

(2) Si bien en sus comienzos el periódico fue bisemanal, con una entrega pautada los sábados y otra los miércoles, a partir del 4 de octubre las entregas comenzaron a hacerse los domingos, combinadas con otras extraordinarias durante la semana. Nuevamente cambió la periodicidad el 3 de septiembre de 1802 (ya cerca de su cancelación) por una entrega los viernes y otra los domingos. En términos generales, sin embargo, el editor mantuvo su promesa de entregar dieciséis páginas (dos pliegos de papel) por semana, distribuidas de una manera bastante variable.

(3) La primera gaceta manuscrita portefa que se conoce es de 1764. Véase Galván Moreno, Celestino, *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Buenos Aires, Claridad, 1944, 27-28; y también Díaz, César Luis, “Los albores del periodismo rioplatense”, en las actas del *Congreso Nacional de Historia Argentina bajo la advocación de los 150 años de la batalla de la Vuelta de Obligado*, Buenos Aires, 1997, vol. 1, 59-71.

En comparación, la *Gaceta de México y noticias de Nueva España* comenzó a publicarse en 1722, la *Gazeta de Guatemala* en 1729, la *Gaceta de Lima* en 1743, la *Gaceta de la Habana* en 1764, todas impresas. Si bien en su mayoría son publicaciones de vida efímera, otras las siguieron en estas ciudades y en otros puntos de América.

(4) Véanse, entre otros, Caillet-Bois, Ricardo y Julio César González, "Antecedentes para explicar el proceso de clausura del *Telégrafo Mercantil*, el primer periódico impreso bonaerense", en *Revista de Historia de América* 12, agosto de 1941, 99-120; y Correa Luna, Carlos, Augusto S. Mallié y Rómulo Zabala, "Advertencia", en la edición facsimilar del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1928, tomo I, 17-27.

(5) "Análisis del papel periódico intitulado *Telegrafo Mercantil*, Rural, Politico-Economico, é Historiografo del Rio de la Plata", incluido en *Telégrafo mercantil...*, Buenos Aires, Editorial Docencia, 2003, I, 10. El "Análisis...", un prospecto del futuro periódico, en realidad no es parte del tomo I, pero los editores del facsímil lo incluyeron -adecuadamente- al comienzo, pues funciona como una presentación del periódico.

(6) Véase Cebrián García, José, *Desde el siglo ilustrado: sobre periodismo y crítica en el siglo XVIII*, Sevilla, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003.

(7) Sobre ambas publicaciones existe bastante bibliografía, aunque poca reciente. Sobre el *Semanario...*, pueden consultarse, entre las más recientes, Maggio Ramírez, Matías, "Un puro vegetal. Representaciones de la lectura en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)", en Brunetti, Paulina, Matías Maggio Ramírez y María del Carmen Grillo, *Ensayos sobre la prensa*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008; y mi propio trabajo "El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)", en *Mundo Agrario* 18, 2009. No conocemos trabajos recientes sobre el *Correo de Comercio*, pero es útil la introducción de Gregorio Weinberg a Belgrano, Manuel, *Escritos económicos*, Buenos Aires, Raigal, 1954. Véase también Galván Moreno, óp. cit., 27-43 para una visión de conjunto del periodismo hasta 1810.

(8) *Telégrafo mercantil*, I, 5.

(9) *Telégrafo mercantil*, I, 6.

(10) El diccionario de 1803 aporta tres definiciones: "ciencia o conocimiento de las cosas"; "lo mismo que NOVEDAD, Ó AVISO"; y en plural, "las especies diversas en qualquier arte, ó ciencia, que hacen docto, ó erudito á alguno". Véase la entrada "noticia" en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española de 1803, disponible en <http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtllle>, consultado el 3/9/2008.

(11) Ocasionalmente, se publicó como medio pliego y hasta en un pliego sin cortar, aunque en este último caso (los números 16 y 17 del tomo II, del 23 y el 27 de septiembre de 1801) la impresión estaba parcialmente dispuesta como para cortarlo (en dos sentidos).

(12) "...Uno de los Oidores, don Joaquín de Campuzano [...] pidió a don José Mila de la Roca, negociante que estaba en el fuerte, fuera a su casa a buscar un *Mercurio* (diarios como libritos que venían de España)..."; citado en Maggio Ramírez, Matías, óp. cit. Agradezco a Matías Maggio Ramírez el envío de su texto cuando éste todavía estaba en prensa.

(13) De ahí los constantes reclamos a los suscriptores por deudas impagas y aun la amenaza de publicar sus nombres.

(14) Un colaborador identificado apenas como "un subscriptor" pone de relieve cuál debe ser el criterio para evaluar el valor de un texto literario: "...¿quál habrá que los merezca [los elogios] mas cumplidamente que aquel en que se hallen conuinadas la fuerza de la expresión, con la pureza del estilo, y la común utilidad? ¿Quál que aquel que se arrebate con mas fuerza los públicos sufragios, y que á manera de clarín sonoro transmita desde uno al otro polo la idea de nuestra ilustración? Un papel en que se nos dá un *juicio general del año*, una *Tabla de purgas y sangrías para saber quando son buenas ó malas*, ¿puede ser ni mas recomendable por los objetos que abraza, ni mas digno de nuestro aprecio por el común provecho?" (*Telégrafo mercantil*, I, 63). En este trabajo apuntamos a estudiar la idea de lector que aparecía en la publicación y, por eso, no distinguimos entre las diferentes instancias autorales que identifican los diferentes textos, algunos firmados con nombre y apellido, otros con seudónimos o alfónimos, transparentes u oscuros, otros con seudónimos "huecos", como "Patricio de Buenos-Ayres", "un subscriptor", "una lectora", y otros directamente sin firma.

(15) *Telégrafo mercantil*, I, 17.

(16) *Telégrafo mercantil*, I, 64; *Telégrafo mercantil*, II, 359; *Telégrafo mercantil*, I, 268; respectivamente.

(17) *Telégrafo mercantil*, I, 107. Esta intervención está firmada por Diego Solanze, citado a su vez en una carta por un supuesto lector, Patricio Colon. Es probable que ninguno existiese y que el artículo se debiera al propio Cabello y Mesa. Los subrayados son nuestros.

(18) "Lista de subscriptores", *Telégrafo mercantil*, I, 25. Esta lista, si bien en la edición facsimilar con la que trabajamos (probablemente repetición de la elaborada en 1914 por la Junta de Historia y Numismática Americana) aparece al comienzo del primer tomo, fue publicada en el primero de agosto de 1801, junto al primer número del segundo tomo. El error ha sido señalado por Guillermo Furlong en *La imprenta en Buenos Aires (1785-1807)*, tomo 2 de la *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses (1700-1850)*, Buenos Aires, Librería del Plata, 1955, 272.

(19) *Telégrafo mercantil*, IV, 598. Una vez más, pese a la firma, es probable que el autor del texto fuera el propio Cabello y Mesa, teniendo en cuenta la coherencia de sus reclamos con el plan editorial, los elogios que dedicaba al periódico y los versos que enviaba cargados con las referencias escatológicas que tanto le gustaban al editor.

(20) *Telégrafo mercantil*, I, 108.

(21) Sobre el comercio de libros, véase Buonocuore, Domingo, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Bowker, 1974. Sobre las bibliotecas, Parada, Alejandro, "Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830", en *Cuando los lectores nos susurran*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2007, 27-54.

(22) Cabello y Mesa había anunciado su intención de publicar en el primer ejemplar de cada mes una lista de los suscriptores, informando además el título o empleo y el nombre de la calle y casa donde vivía (*Telégrafo mercantil*, I, 17). En verdad, sólo publicó dos listas durante el año y medio que apareció el periódico, la primera acompañando el primer número, en abril de 1801 (*Telégrafo mercantil* II, 313-320), y la segunda junto con el primer número del segundo tomo, en agosto de 1801 (*Telégrafo mercantil*, I, 23-29) (ya hemos mencionado el error editorial señalado por Furlong). Los datos prometidos figuran completos en algunos casos e incompletos en otros o no figuran.

(23) Martini, M., óp. cit., 234-244. Martini también incluye -como un extraordinario aporte para otros investigadores y con inusual generosidad- un apéndice en el cual identifica el origen, la ocupación, la edad, el lugar de residencia y otros datos de interés (hasta donde ha logrado hallarlos según el caso) de cada suscriptor. Véase Martini, M., óp. cit., 371-410.

(24) Entre aquellos cuya edad logra averiguar Martini, apenas un 4,5 por ciento son menores de treinta años (Martini, M., óp. cit., 240). De todos modos, cuando en el *Telégrafo*... se habla de "jóvenes", deberíamos pensar más bien los que hoy llamamos "adolescentes", no mayores de dieciocho o veinte años. Recordamos la prevención de identificar suscriptores con lectores, pues en el mismo periódico se insertan algunos textos remitidos por mujeres que seguramente eran sus lectoras.

(25) Véase el apéndice de este trabajo.

(26) La polémica sobre poesía se despliega en los siguientes textos: "Carta informe, ó sin principio, medio, y fin; escrita por un Anónimo con el designio de criticar las Poesias insertas en los Ns. 1, 4 y 6", *Telégrafo mercantil*, I, 89-96; "Primera zurribanda dada por el Editor, y su corresponsal Anton Martin de Atocha al Autor de la Carta N 12", *Telégrafo mercantil*, I, 223-227; "Aborto intelectual del Autor de la Carta del N° 12" y "Zurribanda del Editor al antecedente Anonimo", *Telégrafo mercantil*, I, 228-232. La correspondiente a la fecha de fundación de la capital porteña, en: "Memorial de la M. N. y M. L. Ciudad de Buenos-Ayres, sobre que en los Almanakes, y otros documentos donde se está cometiendo el anacronismo de establecer la época de la fundación de esta Metropoli en el año de la era vulgar de 1536 se subroga en el de 1575 que fue cuando realmente se verificó", *Telégrafo mercantil*, II, 392-396; "Examen critico de la época de la fundacion de Buenos Ayres promovido por el Memorial de Ennio Tullio Grope, que se halla en el segundo tomo del *Telégrafo*", *Telégrafo mercantil*, III, 17-34; "Discurso histórico cronológico, sobre la fundación de Buenos-Ayres, escrito por el Sr. Oydor honorario, y Teniente Asesor de la Provincia del Potosi D. D. Pedro Vicente Cañete", *Telégrafo mercantil*, IV, 289-304; "Al Anónimo, y á D. Juan de Alsina sobre la fundación de Buenos-Ayres, y otros incidentes utiles y curiosos", *Telégrafo mercantil*, IV, 305-318, 321-330; "Suplemento al rasgo sobre la fundacion de Buenos-Ayres publicado en los *Telégrafos* Ns. 3 y 4 desde el folio 33 al 58", *Telégrafo mercantil*, IV, 98-102. Los textos que arman la disputa sobre los puertos son: "Reflexiones sobre preferir el Puerto de Montevideo al de Ensenada de Barragan", *Telégrafo mercantil*, I, 22-23, 30-31, 36-39; "Extracto de la Disertacion escrita en Buenos Ayres, refutando las Reflexiones insetas en los Ns. 3, 4 y

5 de este Periodico, [a]cerca de probar la preferencia de uno de los dos Puertos Montevideo ó la Ensenada, para que las Embarcaciones de la Peninsula pueda verificar sus cargas y descargas y esten seguras dentro del surgidero", *Telégrafo mercantil*, I, 57-59, 65-69, 73-76. La discusión sobre la Banda Oriental está en: Carta del "Infausto Pastor" (sin título), *Telégrafo mercantil*, I, 213-215; respuesta al "Pastor Infausto" (sin título), *Telégrafo mercantil*, I, 238-240; "Memoria sobre los progresos de la Religion hacia el N. del Rio de la Plata", *Telégrafo mercantil*, II, 372-375, 389, 396-397, 409-410; "Rural", *Telégrafo mercantil*, IV, 429-439. Sobre la utilidad de la vacuna hablan las cartas sin título en *Telégrafo mercantil*, I, 83-88 (dos cartas) y 227-229; y "Humanidad", *Telégrafo mercantil*, I, 271-277; sobre la ciudad de Córdoba: "Relacion histórica de la ciudad de Cordoba del Tucuman, hecha y remitida al Editor, en testimonio por los SS. de su Ilustre Cabildo, Justicia, y Regimiento", *Telégrafo mercantil*, III, 41-49; "Justicia, y Regimiento de la ciudad de Cordoba del Tucuman", *Telégrafo mercantil*, IV, 273-280; "Carta critica sobre la relacion histórica de la Ciudad de Cordoba que hizo S. M. I. Ayuntamiento, y se publicó en el Telegrafo Argentino N. 4 Tom. III", *Telégrafo mercantil*, IV, 113-155; sobre política económica: "Reflexiones economicas, y politicas en materia del principalísimo abasto de Pan de esta Ciudad de Buenos-Ayres divididas en quatro Capítulos", *Telégrafo mercantil*, III, 65-74, 81-87, 107-109; "Rural. Examen critico sobre las reflexiones político económicas que se hallan publicadas desde el N. 5 Tom. III de este Telegrafo", *Telégrafo Mercantil*, IV, 542-549. Y, finalmente, de las mencionadas aquí, la polémica sobre la minería aparece en: "Minería. La Platina" y "Reflexiones que hace el Editor de este Telegrafo sobre el antecedente rasgo, y de los medios que deben adoptarse, como únicos, para que prospere la minería, en general, de esta America Meridional", *Telégrafo mercantil*, IV, 525-540.

(27) *Telégrafo mercantil*, I, 112-113.

Bibliografía

Belgrano, Manuel, *Escritos económicos*, Buenos Aires, Raigal, 1954.

Buonocuore, Domingo, *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Buenos Aires, Bowker, 1974.

Caillet-Bois, Ricardo y Julio César González, "Antecedentes para explicar el proceso de clausura del *Telégrafo Mercantil*, el primer periódico impreso bonaerense", en *Revista de Historia de América* 12, agosto de 1941, 99-120.

Cebrián García, José, *Desde el siglo ilustrado: sobre periodismo y crítica en el siglo XVIII*, Sevilla, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003.

Correa Luna, Carlos, Augusto S. Mallié y Rómulo Zabala, "Advertencia", *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1928, tomo I (edición facsimilar), 17-27.

Díaz, César Luis, "Los albores del periodismo rioplatense", en las actas del *Congreso Nacional de Historia Argentina bajo la advocación de los 150 años de la batalla de la Vuelta de Obligado*, Buenos Aires, 1997, vol. 1, 59-71.

Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española de 1803.

Galván Moreno, Celestino, *El periodismo argentino. Amplia y documentada historia desde sus orígenes hasta el presente*, Buenos Aires, Claridad, 1944.

Guillermo Furlong en *La imprenta en Buenos Aires (1785-1807)*, tomo 2 de la *Historia y bibliografía de las primeras imprentas rioplatenses (1700-1850)*, Buenos Aires, Librería del Plata, 1955.

Maggio Ramírez, Matías, “Un puro vegetar. Representaciones de la lectura en el *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)”, en Brunetti, Paulina, Matías Maggio Ramírez y María del Carmen Grillo, *Ensayos sobre la prensa*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2008.

Martínez Gramuglia, Pablo, “El pensamiento agrario ilustrado en el Río de la Plata: un estudio del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (1802-1807)”, en *Mundo Agrario*.

Parada, Alejandro, “Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830”, en *Cuando los lectores nos susurran*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), 2007, 27-54.

Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiógrafo del Río de la Plata, Editorial Docencia, Buenos Aires, 2003, 4 volúmenes.

PABLO MARTÍNEZ GRAMUGLIA

Es licenciado y profesor en Letras por la Universidad de Buenos Aires y especialista en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Luján. Actualmente realiza una tesis doctoral sobre la producción y circulación de discursos públicos en la Buenos Aires virreinal. Trabaja como docente de Literatura Española en el IES n° 1 “Dra. Alicia Moreau de Justo” de la ciudad de Buenos Aires. Ha publicado varios trabajos sobre historia de la prensa e historia intelectual argentina y latinoamericana. Prepara un libro sobre las interpretaciones del *Martín Fierro* y otro de poesía.

Apéndice: Suscriptores del *Telégrafo* según ocupación

La elaboración de esta tabla y de los gráficos fue realizada consultando las listas originales en el *Telégrafo*... y el minucioso trabajo de Mónica Martini citado más arriba, si bien esta autora utiliza otras categorías para agrupar a los suscriptores. Hemos tomado a todos los particulares que figuran en una u otra lista, sin distinguir si aparecen en ambas y dejando de lado las suscripciones institucionales (en un sentido amplio: el Real Consulado, el Hospital de la Caridad de Montevideo, el Nuevo Café del Colegio). Para el cálculo del porcentaje y la realización del gráfico, no tomamos en cuenta aquellos suscriptores sobre los que no tenemos datos ni los institucionales. La suma de los porcentajes no da 100 por efecto del redondeo.

Ocupación	Cantidad de suscriptores	Porcentaje sobre el total
Comerciantes	116	37%
Funcionarios públicos y empleos burocráticos	106	34%
Militares	36	12%
Eclesiásticos	32	10%
Profesionales	14	4%
Artesanos	1	0,3%
Otras ocupaciones	8	3%
Sin datos	18	

